

El siglo de los Giros. Modelos discursivos y post-discursivos en la teoría historiográfica reciente¹

The Century of Turns: Discursive and Post-Discursive Models in Recent Historiographical Theory

Rodrigo Escribano Roca
Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos
Universidad de Alcalá
rodrigo.escribano@edu.uah.es

Resumen

El artículo presenta un recorrido sintético y comparativo por algunas de las principales teorías que durante las últimas décadas han propuesto modelos paradigmáticos de análisis del discurso y la actividad historiográfica. Se pretende ofrecer una visión global que ponga en contacto a las principales escuelas de análisis discursivo (“narrativismo”, “performativismo”, historia de los conceptos y teorías de la temporalidad) con los modelos constructivistas y empiristas centrados en el problema epistemológico y con las nuevas teorías post-discursivas que resaltan el papel de la “presencia” y la experiencia del pasado. La pregunta que recorrerá este ensayo de revisión es la siguiente: ¿Es posible construir un modelo que integre elementos de estos paradigmas para alcanzar una comprensión más completa y transversal de la historiografía?

Palabras clave

Teoría e historiografía, discurso narrativo, contexto y concepto, epistemología, experiencia y presencia.

Abstract

The article offers a synthetic and comparative overview of some of the principal theories that have proposed paradigmatic models for the analysis of historiographic discourse and activity during the last decades. Its objective is to propose a global vision in order to establish a dialogue between the main schools of discursive analysis (“narrativism”, “performativism”, the history of the concepts and the theories of temporality), the constructivist and empiricist models, and new post-discursive theories, these defenders of the “presence” and the “experience” of the past in historiography. The question that will run through this essay can be formulated thus: It is possible to construct a model which integrates elements of these highly isolated paradigms to achieve a more complete and crosscutting comprehension of historiography?

¹ Este artículo se enmarca en el Proyecto: “Historias del Viejo Imperio. El mundo americano de antiguo régimen en el pensamiento historiográfico de España y Gran Bretaña”, financiado por el Ministerio de Educación y Cultura de España a través de la ayuda FPU14/04695.

Key Words

Theory and historiography, narrative discourse, context and concept, epistemology, experience and presence.

Introducción

¿Qué es la “Historia” y, por extensión, el discurso que dice representarla fielmente: la historiografía?, ¿qué carga de “invención” y qué carga de “verdad” están implicadas en su hacer y en su decir?, ¿es una ciencia social capaz de producir explicaciones causales y teorías que nos revelen la verdad de los procesos humanos?, ¿se trata de un género narrativo perteneciente al terreno de las ficciones?, ¿tal vez es una forma de argumentación retórica?, ¿un discurso público, diseñado para legitimar e imaginar proyectos políticos e identificaciones, convenciendo a determinada audiencia de su validez y naturalidad?, ¿qué relación tiene el historiador con sus fuentes, con su propio lenguaje, con su contexto social y con el juego de poderes en que está inmerso?

Durante las últimas décadas estas preguntas han presidido los debates teóricos y filosóficos sobre el quehacer de los historiadores. Las respuestas a las mismas han sido múltiples, polémicas y, en ocasiones, radicalmente opuestas. Este artículo es primeramente una revisión sintética y explicativa, que pretende ilustrar al lector algunas de las propuestas de análisis del discurso y el pensamiento historiográfico emergidas desde el llamado “Giro Lingüístico”. Se trata de poner en un marco sintético de diálogo y comparación las teorías discursivas de signo postmoderno con sus contrapartes constructivistas y empiristas y con las nuevas aproximaciones que pretenden un análisis de los aspectos pre o post-lingüísticos del hacer y el decir la historia. Dejando necesariamente fuera los temas relacionados con la memoria, la pretensión es centrarse en la historiografía, ofreciendo una visión global del panorama teórico actual. En una breve conclusión se sugerirá una perspectiva para incorporar las viejas y nuevas propuestas reseñadas en un nuevo modelo teórico capaz de abordar el estudio del pensamiento historiográfico teniendo en cuenta su carácter pluridimensional y complejo.

Como es posible comprobar revisando publicaciones especializadas como *History and Theory*, *Rehtinking History* o *Historiografías*, un buen número de especialistas defienden la necesidad de superar la insularidad de las diversas escuelas de análisis del discurso historiográfico, que no solo habrían estado constreñidas por la falta de mediaciones teóricas y disciplinares, sino también, como han indicado Palti y Fernández Sebastián, por el peso de las diversas tradiciones nacionales.² El filósofo de la historiografía Herman Paul ha diagnosticado que el deseo de superar la polarización

² Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual* (Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria, 2013), XVII-XXXIX; Elías José Palti, “The ‘theoretical Revolution’ in Intellectual History: From the History of Political Ideas to the History of Political Languages”, *History and Theory*, vol. 53, 3 (2014): 387-405.

teórica entre narrativistas y empiristas puede marcar la agenda de la disciplina durante las décadas venideras.³

El objetivo es que esta revisión sintetizadora de algunos de los autores más importantes de cada corriente nos permita pensar posibles caminos teóricos y analíticos futuros. Elcoo Runia sugiere que la importancia de la teoría no reside tanto en la producción de un cuerpo de conceptos y categorías de análisis como en el diseño de las herramientas capaces de crear el desorden necesario para abrirnos intelectualmente y salir de las concepciones prefiguradas que arrastramos.⁴ Comenzaré por una revisión de las teorías “lingüísticas” o discursivas de la historiografía, presentando las novedades introducidas por el posestructuralismo y revisando las principales ideas del narrativismo, el performativismo, la historia conceptual alemana y las teorías del tiempo histórico. Contrastaré estas con las respuestas neo-constructivistas y neo-empiristas surgidas en las últimas décadas. Finalmente, revisaré las nuevas propuestas post-discursivas centradas en la “experiencia” y la “presencia” del pasado y analizaré algunas propuestas transversales que han incorporado varios modelos. La conclusión permitirá defender la posibilidad de incorporar diversos elementos de estas corrientes en modelos analíticos transversales, defendiendo la existencia una “dialéctica” interna de la historiografía, es decir, de un conjunto de tensiones entre los elementos cognitivos plurales que le dan sustancia como discurso y como actividad.

El Giro lingüístico

La historiografía nace, se reproduce y posterga su muerte en el debate sobre su propio ser, sentido y utilidad. Gracias a múltiples estudios como los de Iggers y Wang,⁵ Koselleck⁶ o las series publicadas por Oxford,⁷ sabemos que las pugnas por definir la relación problemática entre historia e historiografía se remontan muy atrás en el tiempo. Desde la Ilustración, pasando por Herder, Thomas B. Macaulay, Leopold Ranke, Benedetto Croce, Rafael Altamira, Herbert Butterfield, Edward H. Carr, o Fernando Braudel, muchos debatieron sobre el estatuto epistémico de la historiografía; sobre la tensión entre la condición científica o artística de su discurso; sobre la mayor afinidad de este o bien con la narración, o bien con los modelos expositivos teóricos de las ciencias sociales o sobre las implicaciones de su utilización pública y patriótica. A lo largo del siglo XIX existieron tensiones entre las posturas empiristas y reconstruccionistas de la escuela alemana y las posiciones construccionistas del positivismo, y más adelante, de los Annales. Las primeras, a rasgos muy groseros, se situaban contra las aproximaciones teóricas o filosóficas y en favor de la reconstrucción narrativa, mientras las segundas defendían modelos de análisis causal y

³ Herman Paul, “Relations to the Past: A Research Agenda for Historical Theorists”, *Rethinking History*, vol. 19, 3 (2015): 450-458.

⁴ Eelco Runia, *Moved by the Past Discontinuity and Historical Mutation* (New York: Columbia University Press, 2014), xii.

⁵ George Iggers y Edward Wang, *A Global History of Modern Historiography* (London; New York: Routledge, 2008).

⁶ Reinhart Koselleck, *Historia, historia*, trad. y Ed. Antonio Gómez Ramos (Madrid: Trotta, 2004).

⁷ Alex Schneider y Daniel Woolf (eds.), *The Oxford History of Historical Writing. Volume 5: 1945 to Present*, 5 vols. (Oxford; New York: Oxford University Press, 2011).

de teorización de leyes.⁸ Sin embargo, la época que medió entre 1945 y 1960 vio emerger profundos cambios paradigmáticos en la disciplina, varios de los cuales se agruparon para dar lugar, ya en los años setenta, al llamado “giro lingüístico”. Este se podría definir como un conjunto de teorizaciones sobre el papel cumplido por el filtro de la lengua en la comprensión y representación historiográfica.⁹

El giro lingüístico supuso retomar un problema tradicional del pensamiento histórico decimonónico: la necesidad de entender qué era un texto y cómo era posible acceder a su significado.¹⁰ El gran desarrollo de las investigaciones para determinar el estatus y la validez de las fuentes había supuesto la consolidación de una teoría de la hermenéutica que defendía la posibilidad de entendimiento del texto histórico siempre que mediase un método crítico riguroso. Desde esta perspectiva, propia de la escuela alemana y fuertemente anclada en la filología, se entendía que el lector (historiador) podía entender el significado de un texto histórico (documento) a través de un ejercicio crítico de selección, contextualización e inferencia.¹¹ Con todo, las corrientes que han participado del giro han afirmado la radical o parcial participación de la lengua en la creación del significado histórico.

Discurso, Poder y Diferencia: Post-estructuralismo

El término post-estructuralismo se acuñó en los años setenta para poner en común a una serie de pensadores muy heterogéneos: principalmente Jacques Derrida, Gilles Deleuze y Michel Foucault.¹² Más que una teoría definida, estos poseían una serie de sensibilidades y preocupaciones compartidas centradas en “deconstruir” los textos, subrayando sus discontinuidades, incoherencias y contradicciones, mostrando la arbitrariedad e inestabilidad de sus significados y, en algunos casos, tratando de descifrar la relación de sus lenguajes con el poder y las hegemonías sociales.

El análisis del discurso ha privilegiado desde entonces, bajo la clara influencia de Michel Foucault, la consideración del conocimiento como una construcción de la cultura y de la lengua, más que como una reflexión transparente y objetiva sobre la realidad y la verdad de las cosas.¹³ De este apartado nos interesa sobre todo el controvertido trabajo de este último. Su gran aportación al campo fue la de diseñar un método centrado en el análisis de los discursos disciplinares, entendiéndolos como sistemas semióticos de producción y reproducción de conocimiento y de poder.

⁸ Alun Munslow, *A History of History* (London, New York: Routledge, 2012); Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez, *Razón de Historia: Estudios de Historiografía* (Madrid: Marcial Pons Historia, 2000).

⁹ Elizabeth Ann Clark, *History, Theory, Text. Historians and the Linguistic Turn* (Cambridge; Mass.: Harvard University Press, 2004), 86-106.

¹⁰ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. y ed., Elías José Palti (Barcelona: Paidós, I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001), 21; Susan A. Crane, “Language, Literary Studies, and Historical Thought”, en Lloyd Kramer y Sarah Mazer (eds.), *A Companion to Western Historical Thought* (Oxford: Blackwell Publishing, 2002), 319-337.

¹¹ Aviezer Tucker, *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography* (Cambridge, New York: Cambridge University Press, 2004), 92-141.

¹² Edward Baring, “Intellectual History and Poststructuralism”, en Richard Whatmore and Brian Young (eds.), *A Companion to Intellectual History* (Malden MA: Blackwell, 2016), 48-60.

¹³ Michel Foucault, *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences* (New York: Pantheon Books, 1971).

Foucault define el “discurso” como el espacio lingüístico en que el pensamiento es desplegado, condicionado y constituido. Se trataría de una estructura sintáctica plenamente observable: una unidad de distribución lingüística que permitiría el alojamiento de arquitecturas ideológicas diversas.¹⁴

Foucault recurre a la noción de “episteme”, como conjunto de relaciones que unen las prácticas discursivas a unas ciencias y sistemas formalizados, determinando un “campo epistémico”, es decir, un cuerpo de conocimiento o modo de teorizar específico que establece como pueden aparecer las ideas en un sistema de “racionalidades”.¹⁵ De este modo, el pensador francés introduce la dimensión social y contextual de su teoría, subrayando que los discursos de las disciplinas están inevitablemente vinculados a los sistemas de poder que las constituyen a través de una serie de censuras, controles de acceso a la información, estipulaciones temáticas, convenciones de escritura y estrategias y dispositivos de comunicación.¹⁶

Bajo estos supuestos, Foucault trata la historiografía como uno de los tipos específicos de discurso constituidos con el fin de gobernar los comportamientos, identidades y pensamientos de las sociedades en una red de relaciones materiales y simbólicas de poder. El discurso de la historiografía sería generador de “racionalidades”, es decir, de modos de pensar e imaginarios culturales que instituyen lo “normal”, lo “aceptable”, lo verdadero y lo falso en un determinado contexto social y cultural.¹⁷ La discontinuidad del pensamiento historiográfico se basaría precisamente en los cambios acaecidos en los prejuicios, las formas de racionalidad y las instituciones sociales y disciplinares en las que está inmerso el historiador en cada contexto social y político. La historiografía se vería afectada y afectaría directamente a los grupos y relaciones de poder.

La importancia de Foucault radica, entre otras cosas, en la influencia de sus teorías para la posterior comprensión postmoderna de los discursos disciplinares de la historiografía. Keith Jenkins ha explicitado esta perspectiva, definiendo la historia profesional como una práctica discursiva disciplinada y disciplinaria de naturaleza reactiva y burguesa que buscaría, a través de su apelación al pasado, la pre-programación y neutralización de posibles alternativas de futuro.¹⁸ Otros autores se han interesado por la formación de un discurso disciplinar y su relación con la constitución de una comunidad de historiadores que operaría dentro de los límites marcados por los estándares académicos, los controles de publicación, las revisiones por pares, los métodos limitadores y responsables, el ostracismo académico y el poder a él asociado.¹⁹

¹⁴ Michel Foucault, *La arqueología del saber* trad. y ed., Aurelio Garzón del Camino (México: Siglo veintiuno editores, 1988), 54.

¹⁵ *Ibid.*, 298-330.

¹⁶ *Ibid.*, 107-23.

¹⁷ M. Foucault, *The Order of Things*; Katherine Hepworth, “History, Power and Visual Communication Artefacts”, *Rethinking History*, vol. 20, 2 (2016): 280-302.

¹⁸ Keith Jenkins, *Refiguring History: New Thoughts on an Old Discipline* (London, New York: Routledge, 2003), 59-60.

¹⁹ Sande Cohen, “On Intellecticide or University Driven Politics of History”, *Rethinking History*, vol. 17, 4 (2013): 528-47; Suzanne Marchand, “Has the History of the Disciplines Had Its Day?”, en Darrin M. McMahon y Samuel Moyn (eds.), *Rethinking Modern European Intellectual History* (Oxford: Oxford University Press, 2014), 131-152.

Dentro de esta amplia corriente postestructuralista, se podría situar también a modo de precedente, a Roland Barthes, quien, en su breve ensayo de 1967, *Le discours de l'histoire*, introdujo la noción de la escritura historiográfica como ejercicio en el que no existía diferencia específica entre el contenido factual y la narrativa imaginaria. El francés definió la historiografía como dependiente de un sistema de representaciones literarias indistinguibles de los hechos extraídos de los documentos de archivo. La historia quedaba situada como género narrativo productor de un tipo de conocimiento netamente textual. El contenido, además, estaría más influido por el sistema discursivo y por el contexto social que por el propio autor.²⁰ Este autor muestra claramente las vinculaciones entre los análisis discursivos postestructuralistas y el advenimiento del “narrativismo” como nueva perspectiva teórica y filosófica orientada al estudio de los textos historiográficos.

El Giro narrativo

El llamado *Narrative Turn* se inicia en los años setenta, cuando las categorías de “narrativa” y “representación” son colocadas en el centro de la explicación de la escritura historiográfica.²¹ Este cambio, además de motivado por el postestructuralismo, sigue las tendencias de la narratología, un nuevo campo de teoría literaria que, de la mano de Tzvetan Todorov, Gérard Genette y el propio Barthes, había comenzado a estudiar la narración como forma transcultural y transversal de expresión humana.

Son las obras de Hayden White y Frank R. Ankersmit las que le han dado fundamento teórico y epistemológico al narrativismo historiográfico. Su afirmación básica es que los textos de historia son primeramente representaciones: narrativas coherentes orientadas a la configuración de una visión del pasado determinada por la intención poética, política e intelectual del autor como creador subjetivo. Para White la narrativa sería la condición primera de la historia.²² La historiografía sería, por tanto, una representación, un tipo de literatura o creación estética que aspiraría a recrear el pasado en un relato con vocación realista, componiendo un campo de sustancias, objetos, personajes y marcos espacio-temporales que se constituirían en la esencia significativa del texto histórico.²³ El historiador “representaría” el pasado bajo la forma de una abstracción imaginativa categóricamente distinta a un pasado real inaccesible en su plenitud. No existiría la relación de correspondencia defendida por los empiristas, sino la sustitución de una cosa (representada) por otra (representante).²⁴ No se produciría, por tanto, un “descubrimiento del pasado”, sino una construcción narrativa

²⁰ Roland Barthes, *The Rustle of Language* (New York: Hill and Wang, 1986), 127-140.

²¹ Alun Munslow, “Rethinking Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe”, *Rethinking History*, vol. 19, 3 (2015): 324-336.

²² Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (New York: The John Hopkins University Press, 1973); Hayden White, *El contenido de la forma: narrativa discurso y representación histórica* (Barcelona: Paidós, 1992); F. R. Ankersmit, *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language* (The Hague; Boston; Hingham, MA: M. Nijhoff; Distributors for the U.S. and Canada, Kluwer Boston, 1983); F. R. Ankersmit, *Historical Representation* (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 2001).

²³ H. White, *Metahistory*, 13-6; F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, 1-28; Alun Munslow, *Narrative and History* (Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave MacMillan, 2007), 17-28.

²⁴ F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, 41-49.

que se impondría al mismo y le dotaría de significado a través de una estructura de ficciones verbales.²⁵

Esto, para los autores que más han profundizado en el aspecto epistemológico, en ningún caso significaría la negación de una relación del texto con el pasado existente. Según Hayden White, las representaciones del pasado se formarían a través de la escritura intransitiva, es decir, de la descripción “a media voz” de eventos históricos a los cuales accedemos a través de textos documentales en los cuales el autor aplica su propia experiencia y voluntad creativa.²⁶ La predominancia de un mundo real, histórico, empírico y documental en la representación historiográfica haría que no se pueda clasificar a esta como mera ficción.²⁷ Para Ankersmit, el discurso de la historiografía sería una representación que permite conectar la realidad pasada con la producción escrituraria o iconográfica. El filósofo holandés defiende una vía media entre el empirismo y el deconstruccionismo según la cual los enunciados descriptivos funcionarían como proposiciones con pretensiones cognitivas. Estos enunciados serían verificables por su relación con los testimonios documentales que les sirven de referencia.²⁸ Sin embargo, la representación, como conjunto simbólicamente articulado de dichas proposiciones, incluiría la voluntad creadora del autor, que produciría significados subjetivos, ajenos a los eventos descritos individualmente.

La historiografía sería una estructura representacional altamente compleja, con una amplia variedad de funciones narrativas de las que el referente sería solo uno de entre los muchos elementos que le dan significado al relato:²⁹ los “conceptos coligatorios” o “sustancias narrativas”,³⁰ las estructuras tropológicas³¹ o la trama.³² Todas estas funciones estarían siempre influidas por la ideología y la intención ética o política del autor.³³ Por tanto, entre la representación histórica y el pasado real no existiría una relación de parecido o correspondencia, sino una sustitución que impondría cualidades propiamente narrativas de coherencia, integridad y plenitud a un aspecto del caos plurívoco e inabarcable de los eventos pretéritos.³⁴ La narrativa de una obra histórica sería así la expresión holística e integral de una visión del mundo cuyo fin último radicaría en transmitir una sustancia narrativa, esto es, la propuesta o imagen que el autor desea presentar de determinado sujeto o realidad histórica.³⁵

Más radicales serían las posturas del narrativismo representado por autores como Alun Munslow o Keith Jenkins, que defienden que el pasado no existe significativamente con anterioridad de los esfuerzos de los historiadores por imponerle

²⁵ H. White, *Metahistory*, 9.

²⁶ Hayden White, “Historical Emplotment and the Problem of Truth”, en Keith Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader* (London: Routledge, 1997), 37-53.

²⁷ Hayden White, *The Practical Past* (Evanston: Northeastern University Press, 2014), 5.

²⁸ F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, 75-107.

²⁹ A. Munslow, *Narrative and History*, 29-42; H. White, *El contenido de la forma*, 17-25.

³⁰ F. R. Ankersmit, *Narrative Logic*, 90-97.

³¹ H. White, *Metahistory*, 40-50.

³² *Ibid.*, 18-22.

³³ *Ibid.*, 32-38; H. White, *The Practical Past*, 23-59; F. R. Ankersmit, *Historical Representation*, 75-107.

³⁴ H. White, *The Practical Past*, x.

³⁵ F. R. Ankersmit, *Narrative Logic*, 31-56.

una forma.³⁶ Para Munslow la narrativa histórica compartiría los mismos elementos fundamentales que la narrativa ficcional, siendo la historiografía una disciplina compleja que incorporaría referencialidad, pero sin estar controlada por ella. Para Jenkins no habría una historia dada para descubrir en las fuentes y no habría conexión natural entre el “pasado elegido” por el historiador y la narrativa histórica que escribe. El pasado no sería importante por sí mismo, no tendría valor intrínseco: sería un espacio de significados completamente abiertos a los juegos mentales del autor.³⁷

Todas estas posturas revisadas se encuadran, según el propio Ankersmit, en la llamada “visión nominalista”, que postula que la narrativa historiográfica refleja el orden ficcional e imaginario impuesto por el autor al pasado en un ejercicio de construcción deliberada.³⁸ A esta corriente se opondrían los llamados “narrativistas fenomenológicos”: Paul Ricoeur, David Carr o Ville Erkkilä, entre otros. Estos afirmarían que la narrativa está presente en la vida misma, que los seres humanos son contadores de historias que existen ontológicamente en un universo de constructos narrativos. La narrativa sería un mecanismo fundamental de representación de la realidad en el cerebro humano: viviríamos, percibiríamos y concebiríamos la vida narrativamente. Dentro de esta postura existen de nuevo diferencias: en su obra *Temps et récit* Ricoeur también considera, como White o Ankersmit, que la narrativa forma parte del mundo de la conciencia y que, a pesar de iluminar ciertos aspectos del mundo pre-narrativo, lo transforma en algo nuevo, más que descubrir su verdad.³⁹

A esta postura se opone David Carr, defendiendo que la historia es una representación narrativa de la realidad capaz de reconocer las relaciones secuenciales y temporales que existen en el mundo real.⁴⁰ Carr defiende que la narración es un modo cognitivo muy eficaz y habitual entre los seres humanos: un tipo de explicación que, más que imponer un significado subjetivo a una cadena de sucesos, sirve para acceder a ellos. La narrativa se basaría en explicar una acción en un conjunto de escenas con principio, medio y final en que un sujeto o protagonista lleva la acción y hace avanzar la trama, situando una acción original en un continuo temporal, relacionándola con acciones y eventos previos que conducen a ella y con los escenarios futuros posibles.⁴¹ Se compondría, además, de sentimientos, acciones y situaciones que podemos reconocer: iluminando, como también ha afirmado Erkkilä, lo no familiar a través de su relación con lo familiar y generando una sensación de conexión emocional con el pasado.⁴² La narrativa podría acompañar múltiples acciones, eventos y procesos de tiempo largo, contemplando los acontecimientos en relación a sus consecuencias. La cuestión es que la narración tomaría su forma de la propia acción que le sirve de

³⁶ K. Jenkins, *Refiguring History*, 11.

³⁷ A. Munslow, *Narrative and History*, 80-93.

³⁸ Frank R. Ankersmit, “Narrative and Interpretation”, en Aviezer Tucker (ed.), *A Companion to the Philosophy of History and Historiography* (Chichester, U.K.; Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2011), 199-208.

³⁹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, trad. Agustín Neira (México, D.F.: Siglo XXI, 1995), 52-91.

⁴⁰ David Carr, *Time, Narrative, and History* (Bloomington: Indiana University Press, 1986), 45-65.

⁴¹ David Carr, “Narrative Explanation and Its Malcontents,” *History and Theory*, vol. 47, 1 (2008): 19-30.

⁴² Ville Erkkilä, “Time, Identity, and History: On the Cognitive Psychology and Figural Practice of Historiography”, *Rethinking History*, vol. 19, 4 (2015): 602-620.

referente.⁴³ Para David Carr este tipo de explicación narrativa caracterizaría el pensamiento historiográfico.

El Giro conceptual

En paralelo al narrativismo surge la historia de los conceptos alemana, la *Begriffsgeschichte*. Se trata de una escuela cuya figura más prominente, Reinhart Koselleck, ha realizado una teorización sobre la posibilidad de realizar una historia conceptual de los lenguajes políticos y sociales y, por otro lado, ha producido una verdadera teoría de la historia de distinto cuño a la del narrativismo.

El método de estudio hermenéutico diseñado por Koselleck parte de la categoría de “concepto”. Los conceptos no se entienden como ideas atemporales, sino como expresiones o términos plurívocos, polémicos y polisémicos, que cumplen tres funciones: recoger y estructurar la experiencia del mundo social, articular redes semánticas en los discursos y acumular estratos de significados recurrentes que se van alterando en función de las sucesivas coyunturas históricas.⁴⁴ De esta forma, los conceptos fundamentales mostrarían un aspecto pragmático que agudizaría un significado particular y les daría una dimensión sincrónica: un concepto como “libertad” variaría su contenido semántico en función de su marco espacial o temporal de enunciación y de las intenciones, sistemas culturales y redes semánticas en las que participe su enunciador. Por otro lado, los conceptos contendrían un aspecto semántico diacrónico, un set de distintos estratos de significados recogidos en experiencias de largo plazo, es decir, una dimensión que les daría continuidad como expresiones asociadas a una serie de ideas repetitivas. Al aspecto pragmático y semántico se añade el sintáctico, es decir, el orden y la función formal de estos conceptos en el conjunto de oraciones que componen el discurso.⁴⁵

Koselleck ha aplicado metodológicamente estas teorías conceptuales a un estudio sistemático de los discursos historiográficos.⁴⁶ El historiador alemán ha acuñado una concepción de la historiografía que combina presupuestos empiristas y representacionistas. La historia sería para él un tipo de representación basada en la “ficción de lo fáctico”.⁴⁷ El discurso historiográfico surgiría de la construcción de un conjunto inteligible capaz de combinar las descripciones de las estructuras históricas y las narraciones de los acontecimientos particulares. Los conceptos funcionarían como condición formal de posibilidad de la historiografía, articulando semánticamente las representaciones del pasado y permitiendo la aplicación de categorías coligatorias a situaciones diversas y dispersas. Los conceptos históricos serían capaces de poner en un campo común lo contingente y lo estructural, relacionando lo contemporáneo con lo no contemporáneo. La dialéctica entre conjuntos de conceptos definiría campos históricos de análisis y de pensamiento: guerra y paz, democracia y dictadura, nación e imperio.

⁴³ David Carr, “Narrative Explanation”.

⁴⁴ Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, trad. y ed., Luis Fernández Torres (Madrid: Trotta, 2012), 27-49.

⁴⁵ *Ibid.*; Alejandro Cheirif Wolosky, “La teoría y metodología de la historia conceptual en Reinhart Koselleck”, *Historiografías*, 7 (2014): 85-100.

⁴⁶ Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the Semantics of Historical Time* (New York: Columbia University Press, 2004), 9-42.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 225-276.

Estos conjuntos conceptuales no serían meras imposiciones ficcionales o imaginativas al pasado, sino categorías científicas cognitivas.⁴⁸

Las estructuras representacionales y conceptuales se presentan como dependientes de la autenticidad de las fuentes, que deben garantizar el entrelazamiento hasta ese momento supuesto de los actos lingüísticos y de las acciones. La historia que preexiste a las fuentes pone límites a la potencia representacional y requiere que estas sean estudiadas e interpretadas. A su vez, Koselleck integra la dimensión subjetiva según la cual el historiador llegaría al pasado, más allá de sus propias experiencias y memorias, fiado por preguntas y deseos, esperanzas y problemas.⁴⁹

Esta mediación entre lo representacional y lo empírico se alcanza, como nos explica John Leonhard, a través de la categoría de “experiencia”, que se entiende como el compuesto formado por el caudal de acontecimientos pasados y las distintas percepciones e interpretaciones subjetivas de dichos acontecimientos.⁵⁰ Se caracteriza por la aplicación de conocimiento interpretativo a través de una provisión de códigos lingüísticos, como tópicos, metáforas, dicotomías y argumentos que permiten a un individuo o grupo estructurar el constante flujo de información que generan acontecimientos y acciones. La experiencia permite estructurar la información como condición básica para generar y comunicar significado.⁵¹

Hacia un “Giro temporal”

Junto a estas aportaciones de Koselleck, es de especial trascendencia su teoría de la temporalidad histórica. El alemán se preguntó cómo se relacionan las dimensiones temporales del pasado, el presente y el futuro en el discurso histórico. Su archiconocida hipótesis es que entendiendo las diferencias conceptuales entre pasado y futuro, es posible entender las construcciones del tiempo histórico en la historiografía y, más ampliamente, en las culturas y sociedades que la producen. Para ello desarrolló las categorías analíticas de “horizonte de expectativa”, como percepción del futuro no experimentado, y “espacio de experiencia”, como pasado cuyos eventos han sido incorporados y recordados.⁵² Su categoría de horizonte de expectativa ha sido recientemente refrendada y completada por la noción de “horizonte espera”, de Alexandre Escudier, que aglutina los aspectos racionales y emocionales mediante los cuales se construye el futuro histórico, remitiéndonos a las semantizaciones de lo probable y lo deseable.⁵³

⁴⁸ *Ibid.*, 155-91; R. Koselleck, *Historias de conceptos*, 27-55.

⁴⁹ Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, 128.

⁵⁰ Jörn Leonhard, “Lenguaje, experiencia y traducción: hacia una dimensión comparativa”, en Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (eds.), *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual* (Santander; Madrid: Editorial de la Universidad de Cantabria; McGraw-Hill Interamericana de España, 2013), 377-404.

⁵¹ Reinhardt Koselleck, *Futures Past*, 255-76.

⁵² *Ibid.*; Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, trad. y ed., Faustino Oncina Coves (Valencia: Pre-Textos, 2003).

⁵³ Alexandre Escudier, “Temporalización (Verzeitlichung) y modernidad política: ensayo de sistematización a partir de R. Koselleck”, en J. Fernández Sebastián y G. Capellán de Miguel, *Conceptos políticos*, 303-50.

Las teorías de la temporalidad del texto historiográfico de Koselleck remiten a todo un campo que, aunque aún poco explorado, va ganando peso entre historiadores y filósofos. Existe ya un importante grupo de autores y redes que muy recientemente se han dedicado a historiar las concepciones del tiempo. La obra del alemán ha influenciado decisivamente en la aparición de nuevas categorías analíticas. Entre estas destaca la de “Régimen de Historicidad”, acuñada por el historiador francés François Hartog.⁵⁴ El término se trata de un instrumento de análisis metodológico que propone estudiar el modo en que una sociedad dada se aproxima al tiempo y reflexiona sobre su condición histórica, vinculando las categorías de presente, pasado y futuro.⁵⁵ Hartog afirma que en distintas sociedades y momentos históricos el peso específico y el propio significado de cada una de estas tres categorías temporales tiende a variar, adquiriendo valores políticos y éticos distintivos.⁵⁶ Determinado régimen de historicidad haría que ciertas formas de historiografía fueran más posibles que otras.⁵⁷ Así lo ha defendido también Inés Mudrovcic que propone que esta fórmula de Hartog sería aplicable en el análisis del discurso historiográfico, pudiéndose detectar en los textos un “régimen de historiografía” que nos descubriese las categorías temporales de los diversos modos de pensamiento histórico.⁵⁸ Para Aleida Assmann, el régimen de historicidad moderno sería de hecho la condición de posibilidad para el surgimiento de la historiografía como forma de conocimiento, fijada sobre un “pasado” construido como el “otro” de un presente y un futuro cambiantes.⁵⁹

Como han ilustrado el propio Hölscher, Krzysztof Pomian o Paul Ricoeur, todas las historias combinan un tiempo calendárico, matemático, lineal, diacrónico y discontinuo,⁶⁰ con una serie de entidades y categorías “cronosóficas” que producen continuidad y simultaneidad, adquiriendo significado autónomo y holístico (“época”, “edad”, “pasado”, etc).⁶¹ Las teorías narrativistas y conceptuales sobre la temporalidad han mostrado como el historiador es capaz de construir narrativamente el tiempo histórico en una compleja selección de escalas, rupturas, continuidades y duraciones que articulan subjetivamente las dicotomías entre el “antes” y el “después”.⁶² Helge Jordheim habla de la pluralidad y multiplicidad de tiempos conceptualizados y sincronizados por la historiografía. El pensamiento historiográfico sería, bajo este

⁵⁴ François Hartog, *Regimes of Historicity: Presentism and Experiences of Time*, trad. y ed., Saskia Brown (New York: Columbia University Press, 2015).

⁵⁵ *Ibid.*, 1-3.

⁵⁶ *Ibid.*, 151-204.

⁵⁷ Ulrich Raulff and Olivier Mannoni, *Marc Bloch: un historien au XX^e siècle* (Paris: Fondation Maison des sciences de l’homme, 2005).

⁵⁸ María Inés Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, *Historiografías*, 5 (2013): 11-31.

⁵⁹ Aleida Assmann, “Transformations of the Modern Time Regime”, en Chris Lorenz and Berber Bevernage (eds.), *Breaking up Time: Negotiating the Borders between Present, Past and Future* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013), 39-56.

⁶⁰ Helge Jordheim, “Introduction: Multiple Times and the Work of Synchronization”, *History and Theory*, vol. 53, 4 (2014): 498-518; Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 2000).

⁶¹ Lucian Hölscher, “Time Gardens: Historical Concepts in Modern Historiography”, *History and Theory*, vol. 53, 4 (2014): 577-91; Paul Ricoeur, *La Memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Editorial Trotta, 2003), 287-90; Krzysztof Pomian, *El orden del tiempo* (Madrid: Júcar Universidad, 1990).

⁶² David Carr, *Time, Narrative*, 45-65; P. Ricoeur, *La Memoria*, 273-302; A. Munslow, *Narrative and History*.

supuesto, un trabajo intelectual de sincronización, en el que el historiador combinaría el tiempo lineal del progreso con el tiempo continuo y corpóreo de las comunidades y sujetos trans-históricos imaginados.⁶³ Hidrun Friese y Ville Erkkilä afirman que el historiador participa de la función de dotar de estabilidad ontológica y regularidad a la vida social, paliando la alteridad del pasado y del futuro y conectándolos con las sensibilidades del lector a través de una temporalidad que aparece como coherente y perceptible.⁶⁴

Carlos Navajas Zubeldía y Barbara Adam, en contribuciones recientes al tema, nos reflejan una nueva concepción fluyente del tiempo histórico, que no se identificaría exclusivamente con el pasado, sino con los tres dominios histórico-temporales y sus múltiples manifestaciones. Defienden que la historiografía es un modo creativo y no mecánico de producir nociones del pasado, el presente y el futuro históricos y sus asociaciones.⁶⁵ En una compilación reciente, Chris Lorenz y Berber Bevernage llaman a ampliar el estudio de estas construcciones narrativas y políticas del tiempo historiográfico, proponiendo nuevos modos de interrogarlo como construcción subjetiva, elástica y fluyente que puede abrir nuevos horizontes teóricos.⁶⁶

El Giro “performativo”

Una corriente paralela de pensamiento se ha empeñado, desde la década de los 60, en trascender la dualidad entre historia social e historia conceptual que poblaba los trabajos de Koselleck. Para Quentin Skinner y John Agard Pocock los textos son eventos, actos del habla que implican una intervención discursiva en el mundo social y en la esfera pública. Los discursos deben entenderse como parte integral de la realidad, teniendo todo texto una dimensión pragmática o “performativa”. Esta dimensión implica la necesidad de comprender su contexto espacio-temporal de enunciación y el sistema de relaciones comunicativas en el que ocurre. Estos autores, agrupados en lo que se ha venido a denominar la *Cambridge School*, han abanderado un verdadero “giro pragmático o contextual” basado en la filosofía analítica del lenguaje y en las teorías de la comunicación política.⁶⁷ La consistencia de esta escuela se la ha otorgado la definición precisa de un método de análisis pragmático de los textos. Muchos autores convergen en señalar el ensayo *Meaning and understanding in the history of ideas*, publicado en 1969, como el manifiesto fundacional que definió las orientaciones teóricas de la escuela.⁶⁸ En este conciso artículo, Skinner recurrió a las teorías de los juegos del lenguaje de Wittgenstein y a las teorías de los actos ilocucionarios del habla de John Langshaw Austin. El autor inglés invitaba a ir más allá del significado de las

⁶³ Helge Jordheim, “Introduction”.

⁶⁴ Heidrun Friese, “Times, Histories and Discourse”, *Rethinking History*, vol. 14, 3 (2010): 405-420; V. Erkkilä, “Time, Identity, and History”.

⁶⁵ Carlos Navajas Zubeldía, “Sobre el tiempo histórico”, *Historiografías*, 5 (2013): 32-50; Barbara Adam, “History of the Future: Paradoxes and Challenges”, *Rethinking History*, vol. 14, 3 (2010): 361-378.

⁶⁶ C. Lorenz y B. Bevernage (eds.), *Breaking up Time*, 7-25.

⁶⁷ Elías José Palti, “The ‘theoretical Revolution’”, 387-405; Rafael del Águila y Enrique Bocado Crespo, *El Giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios* (Madrid: Tecnos, 2007).

⁶⁸ Quentin Skinner, “Significado y Comprensión en la Historia de las ideas”, en R. del Águila y E. Bocado Crespo, *El Giro contextual*, 63-109; J. G. A. Pocock, *Political Thought and History: Essays on Theory and Method* (Cambridge, UK; New York: Cambridge University Press, 2009), 145-187.

palabras para centrarse en su uso dentro de un juego específico de comunicación. Se debían pensar los textos como actos del habla que además de decir cosas (dimensión locucionaria o semántica), pretendían hacer cosas (dimensión ilocucionaria) e incidir a través de éstas en sus contextos de enunciación (dimensión perlocucionaria). El estudioso del discurso tendría la función de identificar la fuerza ilocucionaria, es decir, las intenciones del agente: lo que el autor pasado quiso “hacer con dicho acto del habla (texto, discurso o representación) en un contexto argumentativo dado.”⁶⁹

Si bien la escuela ha centrado el grueso de su atención en la historia del pensamiento político, se han producido importantes tentativas de aplicar sus métodos y teorías pragmáticas a la historiografía. Sin duda, ha sido John Agard Pocock el que más decisivamente ha profundizado en el análisis del pensamiento historiográfico como forma de discurso argumentativo inserto en una serie de contextos sociales y políticos en que se disputa el significado del pasado. El pensador de origen neozelandés afirma en su obra que la historiografía es una forma fundamental de pensamiento político y un constituyente performativo de la propia historia. Todos sus ensayos sobre la temática han sido recogidos recientemente en una obra compilatoria.⁷⁰ El pensamiento historiográfico se presenta como generador de pasados prácticos (aquí se nota la influencia decisiva de Michael Oakeshott) en sociedades políticas que siempre establecerían más de un modo de comprensión y pensamiento sobre el pasado.⁷¹ Para el neozelandés: la historia de la historiografía debe ser entendida en sentido amplio, considerándose las “relaciones con el pasado” que establecen los distintos actores y grupos de una sociedad con el objetivo de preservar su continuidad o desafiarla.⁷²

Se trata de un análisis pragmático del discurso historiográfico como proceso complejo de comunicación política y social, en el marco de un debate entre diversos actores, poderes y grupos sociales. Tiende a considerar el texto histórico como una narrativa construida retóricamente y orientada a servir como instrumento público. Las operaciones intelectuales que envuelven la historiografía trascenderían con mucho los problemas conectados con la verdadera naturaleza del pasado, en tanto que se trataría de un conjunto de ejercicios con funciones sociales en los que se verían implicadas emociones, identidades y cuotas de poder.⁷³ La historiografía se presentaría como un modo de ficción retórica determinada por las intenciones de los agentes. Pocock nos invita, en definitiva, a analizar las “políticas de la historiografía”, es decir, los procesos de debate y competición entre historias inventadas (construidas y descubiertas) en sociedades políticas que significan el pasado con miras a legitimar, transformar o comprender su presente y su devenir social.⁷⁴ El historiador debe estudiarse como intelectual público, como un heredero del retórico que se mueve por diversos teatros discursivos públicos realizando una serie de actos del habla con intencionalidad legitimadora, transformadora o mediadora.⁷⁵ El sujeto de la historia intelectual de la

⁶⁹ Quentin Skinner, “Motivos, intenciones, interpretación,” en R. del Águila y E. Bocardo Crespo, *El Giro contextual*, 127-156.

⁷⁰ J. G. A. Pocock, *Political Thought*.

⁷¹ *Ibid.*, 217-239.

⁷² J. G. A. Pocock, *Pensamiento Político e Historia: Ensayos Sobre Teoría y Método* (Madrid: Akal, 2011), 187-216.

⁷³ J. G. A. Pocock, *Political Thought*, 217-224.

⁷⁴ *Ibid.*, 257-271.

⁷⁵ *Ibid.*, 237.

historiografía no serían tanto los autores aislados como los “paradigmas”, es decir, los conjuntos de obras definidas por los lenguajes, conceptos y campos semánticos que constituyen los contextos argumentativos y sociales en que se articulan espacios de debate y contestación.⁷⁶

Actualmente, estos enfoques “performativistas” cobran enorme vigencia gracias al creciente interés de los teóricos de la historia y la memoria por estudiar los usos argumentativos públicos del discurso histórico. Kathy Pihlainen ha defendido que todo historiador está históricamente posicionado y que para analizar la escritura de la historia debemos continuar centrándonos en la construcción de significado en el discurso (semántico) y en las consecuencias políticas e ideológicas de hacer historia (pragmático), como elementos interconectados y difícilmente diferenciables.⁷⁷ La pregunta de en qué medida son los historiadores agentes intelectuales implicados en las pugnas políticas de su tiempo presente está plenamente vigente en los estudios sobre el “pasado práctico”, sobre el nacionalismo y el colonialismo historiográficos y sobre la relación entre memoria e historiografía.⁷⁸ Muchos analistas diagnostican cómo la disciplina historiográfica continúa sirviendo a día de hoy para reforzar las agendas de los estados-nación, la construcción de identidades y emociones colectivas y la sanción de ciertas acciones políticas. Los argumentos históricos se emplearían para articular teóricamente las bases de una amplia variedad de programas gubernamentales o ideológicos: los historiadores son siempre agentes explícita o implícitamente implicados. Se acepta que el pasado se “usa” de muchos modos diferentes y que las conexiones entre la narración, la experiencia y la acción hacen que la separación de la historiografía y el pasado práctico sea irrealizable.⁷⁹ Todos estos debates cobran vigencia en el actual contexto de emergencia de “historiadores públicos” y de géneros mediáticos de producción del discurso histórico que se dirigen a masas crecientes de “consumidores” del pasado.⁸⁰

Constructivismo y Nuevo empirismo

Este conjunto de aproximaciones, si se quiere “postmodernas”, a la historia de la historiografía, no ha dejado de ser contestado por teóricos e historiadores que han tratado de defender el rango científico de la disciplina. Entre estas posturas que le han dado sustento teórico al extendido mantenimiento de métodos y posturas tradicionales en la academia, destaca la filosofía de la historiografía de Aviezer Tucker y sus seguidores. Bien como autor individual⁸¹ o como coordinador de grandes compendios,⁸²

⁷⁶ *Ibid.*, 70-75.

⁷⁷ Kalle Pihlainen, “Historians and ‘the Current Situation’”, *Rethinking History*, vol. 20, 2 (2016): 143-53.

⁷⁸ Ana Isabel González Manso, “Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos”, *Historiografías*, 10 (2015): 12-30; Stefan Berger, *Writing the Nation: A Global Perspective* (Houndmills, Basingstoke, Hampshire: Palgrave MacMillan, 2007).

⁷⁹ Rik Peters, “Calliope’s Ascent: Defragmenting Philosophy of History by Rhetoric”, *Rethinking History*, vol. 20, 2 (2016): 235-258.

⁸⁰ Jerome De Groot, *Consuming History: Historians and Heritage in Contemporary Popular Culture* (London; New York: Routledge, 2009), 17-30; Jerome de Groot, “Affect and Empathy: Re-Enactment and Performance As/In History”, *Rethinking History*, vol. 15, 4 (2011): 587-599.

⁸¹ Aviezer Tucker, *Our Knowledge of the Past*.

⁸² Aviezer Tucker, *A Companion to the Philosophy of History and Historiography* (Chichester, U.K.; Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2011).

Tucker es el mejor exponente de una teoría que pretende defender la condición de la historiografía como disciplina que genera conocimiento probable sobre el pasado a través de cadenas inferenciales y modelos teóricos causales.

Siguiendo a Leon Goldstein, esta corriente ha reaccionado contra los narrativistas, afirmando que estos solo estudian el producto final textual de la historiografía (superestructura) y no su aspecto más importante: el proceso de investigación e interacción con la evidencia que está en la base de la profesión (infraestructura).⁸³ En conjunto, argumentan que la relación entre evidencia e historiografía no es sustancialmente distinta a la existente entre evidencia y teoría en ciencias naturales y puras como la biología, la geología y la química. El error consistiría en pensar que la no observación de los eventos históricos impide la cientificidad del conocimiento, puesto que otras disciplinas científicas, como la física, también precisan de la construcción de estructuras teóricas (que son ficticias) para darle coherencia a las entidades que se perciben solo indirectamente, como los electrones.⁸⁴

Los trabajos de Tucker se basan en estudiar la conexión epistémica entre las evidencias, las inferencias y las causas comunes obtenidas a partir del método histórico.⁸⁵ Para Tucker, el modelo rankeano de la escuela alemana es la culminación de una tercera revolución científica que vincula a la historiografía con la lingüística comparada, la crítica textual bíblica y la biología como disciplinas que aplican un método crítico de comparación de elementos similares (textos), de datación en base a las similitudes, y de inferencia para la averiguación de las causas comunes (en este caso los eventos históricos).⁸⁶ Tucker afirma que este modelo tiene un alto grado de correspondencia con el modelo bayesiano de análisis causal y refutación aceptado hoy en día como científico.⁸⁷ Su análisis historiográfico, por consiguiente, se basa en analizar el desarrollo teórico llevado a cabo por la comunidad de historiadores, como un proceso de formulaciones hipotéticas que terminan estableciendo consensos sobre causas comunes y produciendo conocimiento. Es notorio como el profesor de Harvard excluye de su análisis el aspecto de la interpretación historiográfica por entender que en esta el conocimiento científico siempre estará mediado por juicios de valor éticos, políticos y estéticos.⁸⁸

En esta línea, otros historiadores y teóricos, como Arthur Marwick, Behan McCullagh o Branko Mitrovic han contestado a lo que entienden como un extremo relativismo narrativista.⁸⁹ En una serie de teorizaciones han defendido la posibilidad de recuperación empírica del pasado más allá de la acción subjetiva del historiador. Para ello han reivindicado premisas empiristas clásicas como la honestidad, la amplitud de evidencias, la contextualización, la comparación, la elección justificada de fuentes, la

⁸³ Leon J. Goldstein, *Historical Knowing* (Austin: University of Texas Press, 1976), 139-82.

⁸⁴ Avezier Tucker, *Our Knowledge of the Past*, 23-46.

⁸⁵ *Ibid.*, 185-206.

⁸⁶ *Ibid.*, 46-91.

⁸⁷ Avezier Tucker, *A Companion to the Philosophy*, 9-24.

⁸⁸ Avezier Tucker, *Our Knowledge of the Past*, 20.

⁸⁹ Arthur Marwick, *The New Nature of History: Knowledge, Evidence, Language* (Basingstoke: Palgrave, 2001); C. Behan McCullagh, *The Logic of History: Putting Postmodernism in Perspective* (London; New York: Routledge, 2004); Branko Mitrović, "Historical Understanding and Historical Interpretation as Contextualization", *History and Theory*, vol. 54, 3 (2015): 311-332.

verificación y el proceso de crítica a las conclusiones por parte de otros historiadores. De esta forma, defienden la posibilidad de un análisis hermenéutico tradicional que produzca conocimiento relevante del pasado. Lorenz también ha llamado a evitar el exceso de la filosofía metafórica narrativista al equiparar historia y literatura, recordando la fundamental cualidad referencial de las narrativas históricas, que además tendrían controles intersubjetivos y disciplinares. La historia se presenta como una disciplina intersubjetivamente empírica, en tanto que sus argumentos están sujetos al escrutinio público y a la evidencia.⁹⁰

Los enfoques transversales

Recientemente, algunos autores han tratado de producir visiones integradoras, capaces de incorporar ciertos elementos analíticos del narrativismo y del contextualismo, salvando la relación de la historiografía con la evidencia.

Paul Ricoeur trató de concebir una alternativa en su obra *La Mémoire, l'histoire, l'oubli*, donde imagina un modo de integrar el narrativismo con el empirismo, defendiendo la necesidad de entender la historiografía como operación escrituraria e investigativa compleja.⁹¹ En la parte de su obra dedicada específicamente a la historia, Ricoeur afirma que el discurso historiográfico, en su forma moderna, aunaría necesariamente la científicidad con la representación literaria. Su intención es sacar el debate de la discusión sostenida sobre el nivel significativo del discurso: niega el presupuesto narrativista de que el significado derive principalmente de las estructuras narrativas o representacionales impuestas por el autor. También ataca la suposición empirista de que el significado sea dado por las fuentes y la constructivista de que lo sea por las explicaciones causales, hipótesis y teorías. Para el francés los tres niveles inciden en la interpretación y en la confección significativa del texto arrojado a los lectores.⁹² Lo que distinguiría a la historia de la ficción sería su vocación de verdad y el conjunto de acciones investigativas y explicativas que llevaría a cabo el historiador para realizar una representación verídica del pasado histórico. Este conjunto de acciones es nombrado como la “operación historiográfica” que se define como la relación entre un lugar (medio del oficio), unos procedimientos de análisis (disciplina) y la construcción de un texto (una literatura).⁹³ Esta se dividiría en tres niveles o fases: la fase documental, la de explicación-comprensión y la de narración-representación. Dichas fases no son entendidas cronológicamente, sino como operaciones programáticas simultáneas que establecerían una dialéctica en la creación del discurso.⁹⁴ El discurso histórico estaría dotado de “representancia”: capacidad para representar el pasado a partir de una intencionalidad de conocimiento histórico.⁹⁵

En la misma línea integradora podemos situar a Alexander Lyon Macfie, que ha tratado de llegar a una mediación entre las definiciones postmodernas y objetivistas de

⁹⁰ Chris Lorenz, “Can Histories Be True? Narrativism, Positivism, and the ‘Metaphorical Turn’”, *History and Theory*, vol. 37, 3 (1998): 309-329.

⁹¹ Paul Ricoeur, *La Memoria*.

⁹² *Ibid.*, 247.

⁹³ *Ibid.*, 189.

⁹⁴ *Ibid.*, 189-306.

⁹⁵ *Ibid.*, 198-204.

la Historia. El autor afirma que la historiografía es una forma artística, el producto de un proceso imaginativo, pero que opera con una voluntad de veracidad. Esta veracidad se adquiriría a partir de un lenguaje que tiende a ser neutral, transparente y comunicativo, y a partir de una serie de premisas metodológicas que permiten cierto grado de objetividad.⁹⁶

Jouni-Matti Kuukkanen ha tomado también una postura integradora en su obra, llevando a cabo un completo ejercicio teórico-filosófico que pretende defender el estatus epistemológico y racional del conocimiento histórico.⁹⁷ El autor afirma que la asunción “representacionista preanalítica” ha hecho olvidar que el discurso histórico requiere de la existencia de las entidades representadas (los hechos históricos) y que en buena medida la historiografía se ha articulado como ejercicio de conocimiento y pensamiento crítico sobre dichas entidades.⁹⁸ La más importante de entre sus conclusiones es que la evaluación y el análisis de los textos historiográficos debe tratar de evitar caer en los excesos del subjetivismo narrativista y del objetivismo positivista/historicista.⁹⁹ La presentación textual se situaría en una compleja escala entre la objetividad y la subjetividad, poseyendo la buena historiografía académica voluntad empírica, autoridad epistémica y capacidad de justificación racional.¹⁰⁰

Kuukkanen acepta la “percepción narrativista” que afirma que la primera función de la historiografía es producir textos sintetizadores.¹⁰¹ Con todo, defiende que el texto histórico, más que una estructura narrativa, sería primeramente una estructura de argumentación racional, en la cual se expondrían una serie de argumentos con premisas, conclusiones y preguntas que actuarían como dispositivos de interpretación crítica de los hechos del pasado.¹⁰² Asimismo, sigue las teorías conceptualistas al defender que la historiografía crea y añade algo que no está inserto en la realidad histórica a través de enunciados sintetizadores agrupados en “conceptos coligatorios” como “Renacimiento”, “Colonización” o “Revolución”. Valiéndose de estas expresiones coligatorias el conocimiento histórico coleccionaría e integraría información de primer orden bajo expresiones unificadoras.¹⁰³ Los argumentos y conceptos no se corresponderían con la realidad histórica, pero se sostendrían sobre una batería de eventos y los situarían en una cadena racional.¹⁰⁴ Estas estructuras discursivas solo se entenderían en el marco de su contexto argumentativo: como dispositivos que responden a las intenciones y posicionamientos del autor en el marco de un debate científico y cultural. Lo interesante es que Kuukkanen incorpora y perfecciona, al contrario que Ricoeur, las teorías

⁹⁶ Alexander Lyon Macfie, “Towards a New Definition of History”, *Rethinking History*, vol. 17, 3 (2013): 401-412.

⁹⁷ Jouni-Matti Kuukkanen, *Postnarrativist Philosophy of Historiography* (Houndmills, Basingstoke, Hampshire; New York: Palgrave Macmillan, 2015); Jouni-Matti Kuukkanen, “Why We Need to Move from Truth-Functionality to Performativity in Historiography”, *History and Theory*, vol. 54, 2 (2015): 226-43.

⁹⁸ J.-M. Kuukkanen, *Postnarrativist*, 1-14.

⁹⁹ *Ibid.*, 168-197.

¹⁰⁰ *Ibid.*, 198-201; J.-M. Kuukkanen, “Why We Need to Move”.

¹⁰¹ J.-M. Kuukkanen, *Postnarrativist*, 30.

¹⁰² *Ibid.*, 131-147.

¹⁰³ *Ibid.*, 97-115.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 68-96.

performativistas de Skinner y Pocock, algunos puntos del empirismo de Tucker y Goldstein, y ciertas premisas narrativistas sometidas a revisión.

¿Un Giro ontológico? Presencia y Experiencia

La última década ha visto surgir un nuevo paradigma teórico que ha retado a los enfoques textualistas y discursivistas centrados en el “significado” y la epistemología. Esta nueva corriente, agrupada en torno a los conceptos de “relación con el pasado”, “presencia” y “experiencia”, ha demandado una vuelta a la ontología. Se trata ahora de enfocarse en la relación del historiador con la materialidad, la realidad y la vigencia del pasado.

En este aspecto han tenido un fuerte impacto el conjunto de teorías conocidas como la “Filosofía de la presencia”, cultivadas por autores como Eelco Runia, Rajan Ghosh, Ethan Kleinberg, Ewa Domanska o un Frank Ankersmit que ha tornado su interés hacia el campo de las percepciones estéticas y sensoriales no lingüísticas del pasado.¹⁰⁵ Todos ellos han rechazado el neokantianismo idealista del narrativismo y han recurrido a las filosofías ontológicas de Heidegger o Gumbrecht. Básicamente, las teorías de la Presencia se han propuesto elaborar un marco de análisis post-discursivo que busca entender o transmitir las formas en que el pasado “está” literalmente en el presente en modos significativos y materiales.¹⁰⁶ Para Eelco Runia: la “Presencia” es un contacto (literal o figurado) con gente, cosas, eventos y sentimientos pretéritos, que configura nuestra forma de estar en el mundo como seres individuales y colectivos.¹⁰⁷

Bajo este supuesto, nos dice Runia, el pasado estaría constantemente presionando la actualidad. El antes y el después se encontrarían en todos los ámbitos reales de un “presente extendido”,¹⁰⁸ mientras los seres humanos, en su “pasión por lo real”, estarían constantemente buscando el contacto con las cosas que han dejado de existir, que están ausentes, pero que conservan presencias en una relación “sinecdótica” en que objetos, palabras y estructuras remiten a aspectos contiguos del pasado y, de alguna forma, lo contienen.¹⁰⁹

Todo esto nos remite, como dice Rajan Ghosh, a un estado de pre y post-narración implicado en el pensamiento historiográfico¹¹⁰. Para Bill Ashcroft, la presencia del pasado incide en la argumentación del historiador, y puede ser la base de la interpretación historiográfica, penetrando en el proceso de comprensión hermenéutica.¹¹¹ El historiador, como todos los sujetos, se ve abrumado por las distintas presencias del pasado y organiza sus conocimientos en relación con sus percepciones de las mismas. En una versión más representacionista, Ankersmit afirma que la ausencia

¹⁰⁵ Frank R. Ankersmit, *Sublime Historical*.

¹⁰⁶ Ethan Kleinberg, “Prologue”, en Ranjan Ghosh y Ethan Kleinberg (eds.), *Presence: Philosophy, History and Cultural Theory for the Twenty-First Century* (Ithaca: Cornell University Press, 2013), 1-19.

¹⁰⁷ Eelco Runia, *Moved by the Past Discontinuity and Historical Mutation*, 49-83.

¹⁰⁸ Navajas Zubeldía, “Sobre el tiempo histórico”.

¹⁰⁹ Eelco Runia, *Moved by the Past Discontinuity and Historical Mutation*, 53-54.

¹¹⁰ Ranjan Ghosh, “Presence Continuous”, en R. Ghosh y E. Kleinberg (eds.), *Presence*, 189-198.

¹¹¹ Bill Ashcroft, “Transcultural Presence”, en R. Ghosh y E. Kleinberg (eds.), *Presence*, 127.

del pasado se llena con la representación historiográfica, que cobra estatus ontológico como “presencia” real del pasado en el presente.¹¹²

Estas filosofías de la “Presencia” se relacionan también con una reevaluación del concepto de “experiencia histórica”. Esta revalorización se arraiga en la vuelta a la materialidad, que reivindica la pervivencia de los tiempos pretéritos en el campo vivencial del historiador y de la sociedad. Ankersmit, Ashcroft o Pihlainen¹¹³ han reivindicado recientemente que el pasado puede ser directamente experimentable, no solo conceptualmente, sino también estéticamente.¹¹⁴ Con “experiencia histórica” Ankersmit nos remite a la relación del historiador con el objeto pasado en términos sentimentales y sensoriales. Antes, durante y después del proceso de creación historiográfica el historiador vive experiencias históricas “sublimes”, que le ponen en contacto con presencias del pasado que motivan, en parte, su labor de escritura histórica. Por tanto, podemos decir que estos autores nos hablan de un conjunto de experiencias de historicidad que participan en la historiografía y su discurso, es decir, de elementos no lingüísticos que juegan un papel relevante en el proceso estudiado. Vemos aquí una clara afinidad con el concepto koselleckiano de “experiencia” defendido en la historia de los conceptos. Tanto Ankermit, como Runia y Ghosh parten de la discontinuidad: la experiencia histórica sublime o la presencia remiten a una conciencia de ruptura temporal que genera sentido de historicidad. Sería el extrañamiento ante el pasado el que hace percibir y experimentar sus presencias.

Más compleja y acabada respecto al rango y la temporalidad de las interacciones entre el historiador y el pasado es la teoría de Mark Day, en buena medida adoptada más tarde por Herman Paul.¹¹⁵ El filósofo de la historia ha formulado un interesante modelo de análisis que parte de un concepto tomado de Pocock: “relaciones con el pasado”. El autor, tratando de conciliar e incorporar elementos de las corrientes discursivistas y ontológicas, apuesta por la multi-dimensionalidad del análisis historiográfico. Afirma el autor que el historiador establece complejas relaciones con el pasado que incorporan aspectos epistémicos, semióticos y ontológicos que se pueden catalogar en cinco clases: relaciones evaluativas, preservativas, dialógicas, materiales y prácticas.¹¹⁶

En primer lugar, los historiadores “evaluarían” el pasado al estudiar las acciones y obras pretéritas –así como al criticarlos o alabarlos en términos intelectuales y éticos–. La historiografía sería además “preservativa”, en el sentido de que preserva el conocimiento adquirido en el pasado y lo retiene. El historiador también mantendría una relación material con el pasado como producto existencial del mismo. Por último, incorporando las teorías performativistas, Day aborda la dimensión práctica del pasado. Según él, existirían relaciones prácticas con el pasado que privilegiarían el rol del historiador como actor más allá de su rol como conocedor. El conocimiento histórico tiene consecuencias prácticas para el historiador y su audiencia. Si uno de los propósitos

¹¹² Frank R. Ankersmit, *Meaning, Truth, and Reference in Historical Representation* (Ithaca: Cornell University Press, 2012), 157-174.

¹¹³ Frank R. Ankersmit, *Sublime Historical*; Kalle Pihlainen, “What If the Past Were Accessible after All?”, *Rethinking History*, vol. 16, 3 (2012): 323-339.

¹¹⁴ Bill Ashcroft, “Transcultural Presence”, 122-43.

¹¹⁵ Herman Paul, *Key Issues in Historical Theory* (New York ; London: Routledge, 2015).

¹¹⁶ Mark Day, “Our Relations with the Past”, *Philosophia*, 36 (2008): 417-27.

del historiador es asegurar la continuidad de su carrera publicando trabajo defendible y original para pares profesionales, también desearía aplicar ese conocimiento como guía de acciones futuras. Según él se puede usar el conocimiento del pasado para entender el presente en comparación con el pasado relevante. Sin embargo, afirma que más allá de estas tradicionales nociones instrumentalistas, las lecciones del pasado también se probarían valiosas para el futuro, en el sentido de que las prácticas pasadas (artísticas, filosóficas, históricas) proveerían los estándares para actuar correctamente en la actualidad.¹¹⁷

Conclusión

La concentración de todos estos argumentos y corrientes en el reducido espacio discursivo que le he dedicado puede invitar, seguramente, a la esquizofrenia. Es precisamente ese “desorden mental” que reivindica Runia en su obra el que se ha buscado suscitar con esta poco común comparación entre tantas corrientes cuyo objeto de interés pareciera, en principio, convergente. La en ocasiones escasa intertextualidad, el peso de las tradiciones nacionales y disciplinares o las implicaciones ideológicas de cada postura teórica han llevado muchas veces a que los autores implicados en el debate subrayen las diferencias del propio modelo respecto a los contrarios. Sin embargo, el recuento final de esta revisión pareciera invitar a una conclusión contraria: si bien es cierto que hay diferencias irreconciliables, en muchos casos existen claras convergencias y compatibilidades entre las diversas teorías que, simplemente, ponen el enfoque en aspectos distintos de la compleja actividad intelectual y comunicativa que supone la historiografía. No parece, además, que exista entre estas escuelas una que prevalezca con claridad a la hora de ser aplicada al estudio de los discursos historiográficos, que en sí mismos son enormemente plurales y variables en función de su tradición disciplinar, de su contexto de enunciación, y de su autor. ¿No sería más acertado pensar que la historiografía es un tipo de actividad intelectual compleja en la que se integran elementos cognitivos y discursivos plurales, que problematizan su estatus como simple ciencia, narración o arte retórica?

En el horizonte de la disciplina aparece la necesidad de imaginar un entramado teórico capaz de analizar integradamente los aspectos performativos, epistemológicos, experienciales, narrativos, teórico-argumentativos y conceptuales que están habitualmente presentes en las dialécticas que implica el pensar y el decir la historia. Se abre la necesidad de generar un modelo transversal a partir de la incorporación de elementos metodológicos y conceptuales procedentes de las escuelas aquí reseñadas, aceptando que el proceso historiográfico implica aspectos lingüísticos y experienciales, vivenciales y empíricos. Para ello es necesario partir de la amplitud de miras, de la consideración del pensamiento historiográfico como un conjunto continuado de prácticas intelectuales que implican la relación imaginativa, sensorial y epistemológica del autor con el mundo histórico, y que son capaces de generar artefactos semióticos complejos: discursos que articulan elementos experienciales, conceptuales, narrativos y teórico-argumentativos en estructuras retóricas dotadas de la capacidad performativa de producir conocimientos, significados culturales, identificaciones, ideas y “presencias

¹¹⁷ *Ibid.*

Profile

Rodrigo Escribano Roca es investigador del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá de Henares (Madrid). Forma parte del personal Docente Investigador en la Universidad de Alcalá de Henares con la Beca Formación Personal Universitario (FPU) del MEC (https://portal.uah.es/portal/page/portal/epd2_profesores/prof308973). Actualmente se encuentra como “Visiting Scholar” en el Center of Iberian and Latin American Studies de la Universidad de California, San Diego. Desarrolla una tesis doctoral con el título “Historias del viejo Imperio. El mundo americano de Antiguo Régimen en el pensamiento historiográfico de España y Reino Unido (1883-2015)”.

Rodrigo Escribano Roca is a researcher at the Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos of the University of Alcalá de Henares (IELAT) (Madrid). He takes also part of its teaching and research staff with a fellowship (FPU) from the Minister of Economy and Competitiveness (https://portal.uah.es/portal/page/portal/epd2_profesores/prof308973). He is currently working as “Visiting Scholar” in the Center of Iberian and Latin American Studies of the University of California, San Diego (USA), and for his PhD with a thesis under the title “Histories of the Ancient Empire. The American World of the Ancient Regime in the Historical Thought in Spain and the United Kingdom (1883-2015)”.

Fecha de recepción: 21 de abril de 2017.

Fecha de aceptación: 18 de julio de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.